

SUSTRATO ROMANO Y DISPOSICIÓN GOTIZANTE

Sobre los caracteres del gótico vascongado

Eduardo Artamendi

Aro gotikokoa izan zen Behe Euskal Herrian naturalizaturiko lehenengo arkitektura zibilizatua. Hiri borondatea adieraziz, merkatal hiribilduek laister eraiki zituzten espazio hierarkizaturiko tempļu oxibalak. Heriotz ondoko munduaren ideei sofistikatu baten antzirudiak ziren, orduan European gertatzen zen arabera. Jatorri tribalezko desberdintzapen sozialaren aurreko susmo zaharrei loturik berriz, herri eta herrizkek, nahiago izan zituzten tempļu simpleak, gutxi karakterizatuak eta berdinkoak. Gutiena izan zen "jarrerera gotikozalea" eta gorena, erroma-osteko moduei joera, eraikuntza hoietan zirriborroturiko ideei espazial berezian

De época gótica fue la primera arquitectura civilizada naturalizada en el Bajo País Vasco. En prueba de voluntad urbana, sus villas comerciales pronto erigieron templos ojivales de espacio jerarquizado. Eran trasuntos de una refinada idea del mundo ultraterreno, según los usos europeos coetáneos. Aferradas a viejos recelos de raíz tribal frente a la diferenciación social por contra, villas rurales y aldeas prefirieron templos sencillos, recintos poco caracterizados e igualitarios. Mínima era la "disposición gotizante" y máxima la adhesión a los modos post-romanos, en la idea propia de espacio en ellos esbozada.

It was in gothic time when the first civilised architecture became naturalised in the Low Basque Country. Showing urban will, commercial towns soon built ogival churches of hierarchized space. They offered the representation of a sophisticated idea about the spiritual world, as it was common in Europe contemporary. Grasped to old fears from tribal origin against social differentiation on the contrary, little towns and villages preferred simple temples, places slightly characterised and equalitarian. Minimum was the "gothic disposition" and maximum the adhering to post-Roman modes in the idea of space sketched in they.

Romanizada solo periféricamente y de oscura Alta Edad Media, la región atlántica de Euskal Herria no accedió a la historia hasta que hubo acabado el siglo XII. Restauraba y ampliaba entonces el Occidente de Europa el sistema de ciudades que tuviera en la Antigüedad. Y, frente a su antecesor rural, monástico y de tradición, daba imagen cristiana a esa revolución un arte urbano, catedralicio y de invención, nacido décadas antes en torno a París. Un arte identificado como el fruto más acabado del Medioevo y que el Renacimiento llamó gótico con desprecio y error.

Cristiana y de época gótica fue así la primera arquitectura civilizada naturalizada en el Bajo País Vasco. La adhesión a los rasgos de ese estilo perduró luego en la región durante largo tiempo. Sin embargo, no resultó uniforme, siendo matriz fundamental de esa diversidad la variada naturaleza de los núcleos de población consolidados entonces en el territorio.

Dos fueron sus grupos básicos: Uno el formado por las “villas estratégico-comerciales” pioneras, fundadas durante el siglo XIII por iniciativa real o señorial y ubicadas en los caminos reales, costas y fronteras. El otro, por las “villas-refugio” tardías, creadas en el siglo XIV por iniciativa local en los valles del interior y por las antiguas aldeas consolidadas en sus alturas medias.

Las villas del primer grupo ocuparon los puntos del territorio de mejores expectativas para el desarrollo de la vida urbana. Y esas expectativas, más que los medios disponibles, animarían pronto a las poblaciones respectivas a reemplazar sus modestos templos primitivos por otros más ricos, complejos y modernos, que emulaban en grado nunca visto en el Bajo País Vasco los más cultos entre los usos arquitectónicos difundidos entonces en la Europa nuclear.

La posesión de una iglesia ojival de espacio jerarquizado era la seña más clara de voluntad e identidad urbana. Todas las del tipo erigidas en la región, por eso, se hicieron en villas estratégico-comerciales de las primeras generaciones. Así, San Juan de Mondragón, Santiago de Bilbao, Santa María de Lequeitio, San Salvador de Guetaria y la desaparecida Santa María de la Atalaya de Bermeo, comenzados todas en el siglo XIV. O San Antón de Bilbao, San Severino de Valmaseda, Santa María de Orduña y Santa María de Fuenterrabía, iniciadas en el XV.

Estos templos tenían por norma tres naves escalonadas cubiertas con bóvedas de crucería. Algunos, además, incorporaban crucero e incluso girola (Santiago de Bilbao). Haces de columnillas estriaban los pilares de los iniciados más tempranamente. El recurso al triforio completaba su imagen interior de modo tan corriente que el saber especializado ha llegado a naturalizar el término “triforio vasco”. Y, en el exterior no faltaban los arbotantes y los pináculos.

Sus interiores, con ser modestos, emulaban a los de las catedrales europeas, buscando representar en imagen espacial una idea muy sofisticada del mundo ultraterreno. Y exponían, a la vez, de modo universal y permanente, una precisa idea medieval de civitas, compuesta por células autónomas integrando una estructura piramidal de dinámica unificada por la persecución de un objetivo compartido.

Reticentes a esa caracterización, no obstante, hacían sentir su peso simultáneamente otros rasgos. Tales: la poco acentuada direccionalidad; la parquedad de las claraboyas (con la mejor excepción en Valmaseda); la ausencia de fachadas formalizadas en disposición relacionada con el eje interior (salvo la frustrada excepción de Lequeitio); y el discreto agujamiento externo.

El resultado fue un oscuro e introvertido gótico murario, con amplia parentela en otras zonas de la península. Una arquitectura que explotaba a conciencia los recursos gráficos

del estilo; moderadamente, los constructivos y espaciales; y apenas nada, los lumínicos. Con todo, fue la producción que llevó al máximo la fidelidad a los caracteres del gótico en la región, no erigiéndose hasta la Edad Contemporánea otro conjunto tan extenso y de adhesión tan estrecha a los usos formales que privaban contemporáneamente en los lugares de mayor centralidad cultural.

Muy distinta fue la arquitectura de las iglesias construidas por la misma época en las aldeas rurales, y en las villas tardías menos dinámicas del interior. Lo corto de su tamaño y lo elemental de su economía podrían bastarse para explicar que el gusto por la complejidad espacial nunca tuviera acogida en esas poblaciones, obviamente abrumado por exigencias materiales. Pocas alternativas habría a la hora de construir o reformar la iglesia parroquial. Un recinto rectangular de esbeltos muros con leve cubierta lígnea parecería una solución dictada por la necesidad. Ulteriores ampliaciones y la adición de bóvedas serían operaciones independientes decididas después, sin atenerse al proyecto inicial.

Numerosos fueron los ejemplares formados según lo descrito que difícilmente merecerían otra categoría que la de torpe huella de actos automáticos. U otro interés que el anecdótico y, acaso, el antropológico. Desgarbados, desmañados, desganados frutos de una obligación nunca aceptada ni rechazada íntimamente, engrosaron un conjunto de escasísima capacidad sugestiva. Arduo sería señalar, en edificaciones de esa índole, la línea divisoria entre lo que dictó la necesidad y la voluntad; la conveniencia y la elección; la inclinación "natural" y el deseo consciente. No en vano eran obra de una sociedad abocada durante milenios a recluir todas las manifestaciones de su creatividad dentro de los estrechos límites de un poco agradecido e inmutable lugar de asentamiento.

Por sencilla que se hiciera sin embargo, cualquier construcción religiosa podría suponerse siempre erigida para servir en última instancia a la afirmación de una manera de ver el mundo. Y, cruzado el umbral de subsistencia, no habría de descartarse que algunas de entre las erigidas en las villas tardías y aldeas del Bajo País Vasco al fin de la Edad Media buscaran también hacerlo expreso en sus formas, sin necesidad de recurrir a los esquemas más complejos que adoptaban las villas pioneras. Esto es: reconociendo preferencias propias en el flexible marco de lo tenido entonces por posible. El que ello hubiera sucedido al cabo no habría dependido tanto de la disponibilidad de recursos materiales, como de la existencia de expectativas vitales, tributarias de convicciones poderosas, caracterizadas por el tipo de las comunidades autoras y plasmadas en ambiciones concretas.

Convicciones sobran. Era aquella una época en la que el objetivo formal justificaba todo esfuerzo tratándose de obras religiosas. La tensa economía de medios, marco habitual de la actividad constructiva, era llevada sistemáticamente más allá de cualquier límite razonable a la hora de levantar la iglesia propia en no importa qué tipo de poblaciones de toda Europa.

Rasgos de grupo, por otro lado, no faltaban. Nada pesaban en villas menores y aldeas los factores exógenos. Y, reciente aún su acceso a la civilización, la población autóctona mantenía plenamente vigente su antiguo recelo de raíz tribal frente a la diferenciación social y la personalización del poder. Todos podían aspirar, así, a detentar posiciones comparables en sociedades tan refractarias a cualquier jerarquización. Y un recinto poco caracterizado ofrecería las condiciones de participación más igualitarias al conjunto de los asistentes a las ceremonias religiosas.

Sirviendo a esas pretensiones, ciertas iglesias rurales de la región parecerían haber desarrollado una capacidad propia para estimular las operaciones superiores del espíritu, partiendo del esquema tipológico más sencillo, tomado en su literalidad: un paralelepípedo

murario desprovisto de cualquier agregación. Siempre que ello ocurrió, habría ofrecido la ocasión la decisión de cubrir con bóveda nervada en grandes tramos una planta de anchura considerable. Toda la grandeza de estos sencillos “cajones abovedados” procedería, así, de la osadía con que fue decidido enfrentarse en un momento dado a un vacío tan huérfano de recursos formales. El peso acumulado por la prolongada inmovilidad histórica de aquel universo tradicional quiso ser reajustado, siquiera mínimamente. Atlas, el eterno forzado, decidía sustraer una fracción de energía a la tarea de resistir y emplearla en producir algún cambio en su estado. El hecho, en su insignificancia, dejó más de un efecto admirable.

San Pedro de Zumaya y Santa María de Iciar, en el ramal costero del camino de Santiago, serían los más antiguos de esos nobles templos de nave única. Ambos comenzaron a construirse en el siglo XIII, aunque su ejecución se prolongó hasta el XVI. En el tramo vizcaíno de igual camino, la nave de Santa María de Cenarruza se rehizo a partir del siglo XV con la misma idea espacial. En el siglo XVI ya, San Pedro de Deusto –aldea, entonces, próxima a Bilbao– tomó parecida opción, en neto contraste con las más complejas soluciones dadas a las parroquias de la villa vecina, aunque sin renunciar a la grandiosidad. O, quizá mejor, buscando alcanzarla con medios arquitectónicos deliberadamente contrapuestos. Y, posterior aún, Santa María de Amorebieta sería el ejemplar que llevó esa concepción simple del espacio sagrado a su expresión más monumental.

En todos estos edificios, inesperadamente, el equilibrio dimensional, la unidad interior, la calidad del aparejo y la limpieza del volumen externo parecen remitir, bien a un proyecto inicial seguido con absoluta fidelidad durante siglos de construcción. O a un preciso modelo de larga vigencia en los medios rurales de la región. Las bóvedas no fueron adiciones posteriores. Y la planta no resultó de reformas y ampliaciones, según demuestran sus sorprendentes caracteres métricos. Así, en Cenarruza se hizo con dos tramos de lados en relación 2: $\sqrt{2}$ con error ínfimo y ligero esviaje. Y en Amorebieta, con cinco, de relación 5: $\sqrt{5}$ casi exactamente. N tramos pues, de proporción N: \sqrt{N} , lo mismo que el conjunto, siendo N igual a tres el caso más frecuente. Un sistema para obtener trazas armoniosas y diferentes a partir del cuadrado, según sencillos procedimientos geométricos.

Hecha ya la relación de ejemplos queda ahora aducir, caso por caso, la razón histórica de su diferencia dentro del poco sugestivo grupo al que deberían pertenecer en un principio; la circunstancia que despertó en la comunidad correspondiente una ambición concreta, una expectativa de otra escala, aunque no fueran positiva, definitiva o completa. Así, San Pedro de Zumaya fue fundación promovida y amparada por del rey de Castilla. Iciar, sede primera de la villa de Deva y, su templo, “santuario famoso” en la vía compostelana. Cenarruza, colegiata e iglesia propia de uno de los bandos enfrentados en las guerras nobiliarias. Deusto, anteiglesia secularmente enemiga de las pretensiones expansivas de Bilbao. Y Amorebieta, sin dejar de ser aldea, nudo de comunicaciones y mercado comarcal de importancia.

De todos ellos, tal vez Santa María de Iciar sea el de arquitectura más afortunada. Mucho podría decir de su armonía el equilibrado número 3 que gobierna la planta. Los tres muros, a los lados, se elevan sin hacer sentir su materialidad. Son como lienzos abstractos que delimitan el espacio sin esfuerzo aparente alguno. Las proporciones verticales también son mesuradas. Las bóvedas, de limitado gálibo, nacen a baja altura y exhiben simples y delicadas estrellas de nervios. Nada cuesta imaginarlas blancos paños maternos prestos a ofrecer su protección acogedora.

Completan la impresión de ligereza las finas columnillas que llevan las nervaduras hasta el suelo. Unas y otras son escasas y esbeltas. Demasiado para encarnar fuerzas tectónicas.

Más bien parecen componer una malla alusiva a la red de líneas que idealmente dieran su forma al cielo, realizada en grafía proporcionada a la modestia de los otros rasgos del templo. Un santuario provinciano cuyo interior bien podría recordar, a memorias benevolentes, la imposible arquitectura de los pabellones que Giotto pintaba en Italia por la época en que su construcción se afirmaba.

Varios rasgos de gran escala tienen comunes los templos considerados. A saber: preferencia por el interior frente al exterior; por la solidez frente a la riqueza ornamental; por la grandiosidad simple frente a la complejidad espacial; y, por el equilibrio frente a la desmesura en la relación proporcional. No son fruto del mero empirismo esas preferencias. Dan forma a un sentido del espacio construido que no puede negar su filiación. Se hacen parte de un sólido "sustrato romano", presente en toda la Europa latina, que acabó naturalizado en la arquitectura del Bajo País Vasco, no por implantación directa, sino por lenta infiltración de la herencia dejada alrededor, una vez el imperio hubo desaparecido.

De otra ley se reclaman los elementos que dan figura concreta a su aspecto. Así, campanarios y contrafuertes; altos muros de mampostería y vanos reducidos; arcos apuntados y bóvedas de crucería bajo techumbres ligeras. Todos denuncian el uso religioso dado a los edificios en circunstancias de inseguridad, y remiten a las soluciones artísticas preferidas en el Medioevo. Les confieren una innegable impronta espiritualizadora, sin parangón en los tiempos antiguos y de igual estirpe que la impresa coetáneamente en las ricas catedrales urbanas.

Pero, en puro análisis arquitectónico, nada más lejano que esas iglesias aldeanas del prototipo de templo gótico, como podría caracterizarse siguiendo a Otto Von Simson. En efecto: débil es la tensión longitudinal; corto el impulso ascensional; y nula la jerarquía de su espacio, discretamente modulado. Faltan elementos constructivos esenciales, como arbotantes o claraboyas. Limitado resulta el recurso al grafismo lineal. La materia omnipresente, sólo en metáfora puede pretenderse ingrávida y, en manera alguna, transparente. No en vano las fuentes de luz son mínimas, puntuales y directas.

Mal podría llamarse gótica con precisión aceptable una arquitectura como ésta. Nada o poco alude en ella al que debería ser su modelo ideal: una estructura inmaterial transida de luz de funciones simbólicas trascendentes. Más operativo será identificar, en el caso, una limitada "disposición gotizante" cualificadora del viejo "sustrato romano" en que descansara toda la obra medieval, dirigida a convertirlo en imagen de una idea del cielo.

A escala regional, máximo fue pues en estos templos rurales el apego a los modos post-romanos y mínimo el recurso a los medievales. Y ello, de forma proporcionada a los modestos medios –y lo que es más importante– a las particulares exigencias de las comunidades que fueran sus constructoras, que no alimentaban creencias altamente sofisticadas. Pero no se consideraban, por pequeñas y poco diferenciadas, de categoría inferior a las de estructura y actividad más compleja. Así, la simple materialidad de la vida cotidiana podía formar parte con toda dignidad de la cosmogonía a la que debían servir sus recintos parroquiales, suministrando apreciables elementos icónicos.

En los ejemplares más felices del grupo, por eso, no es difícil detectar una elemental pero orgullosa afirmación de antiguos valores que la efervescencia gótica disolvía en favor de un refinado sentido del espacio teñido de absoluto. Y Tal vez no se haga impropio situar en sus disposiciones el origen de ese sentido del espacio propio de la arquitectura vasca, de recintos diáfanos y luz matizada, e intermedio entre el gótico y el renacentista, que ha sido identificado en las iglesias columnarias del siglo XVI, y propuesto precedente de las concepciones jesuíticas.